

de Venegas, gobernador de Melilla, resolvió emplear la armada en la conquista ó recuperación del Peñon de Velez de la Gomera que desde 1522 habia caido en poder de turcos y moros, y estaba siendo nido de corsarios que molestaban y dañaban la costa fronteriza de Andalucía, y eran una tentacion peligrosa para los moriscos granadinos. Para esta empresa fué nombrado general, á causa de haber muerto en Málaga don Francisco de Mendoza al salir con la expedicion, don Sancho Martinez de Leiva, general que habia sido de las galeras de Nápoles. Adelantóse con ocho galeras el intrépido y hábil marino don Alvaro de Bazan, y seguiale el resto de la armada. Esta expedicion, á pesar de las esperanzas y facilidades que habia dado Venegas, no produjo otro resultado que algunos encuentros con los moros de las sierras, pues reconocido el Peñon por don Sancho, y habido consejo de capitanes, se resolvió no acometerle por no considerarse con suficientes fuerzas para ello, y se acordó reembarcar la gente, y regresó la flota á Málaga (6 de agosto, 1563).

Esto encendió al rey don Felipe en mas vivos deseos de reconquistar el Peñon, en el cual todas las ciudades comerciales del litoral del Mediterráneo veian tambien un estorbo para su tráfico. Preparó pues otra mayor y mas respetable armada, compuesta de noventa y tres galeras y sesenta buques menores, llevando á bordo trece mil soldados españoles, italianos, alemanes y flamencos. El rey de Portugal y el gran maestre de Malta ayudaron con sus fuerzas á esta empresa. Habiendo fallecido el gran almirante genovés príncipe de Melfi Andrea Doria, dió el rey don Felipe el almirantazgo del Mediterráneo y el mando de esta armada á don García de Toledo, marqués de Villafranca, duque de Fernandina, gobernador de Cataluña, y sucesor del duque de Alcalá, virey ya de Nápoles. Parecía demasiada fuerza para tal empresa, pero el rey queria asegurarla. Iba tambien don Sancho Martinez de Leiva, el jefe de la primera expedicion. Era alcaide del Peñon el famoso corsario Cara-Mustafá, gran inquietador de aquellas costas y mares, que se creia invencible y seguro al abrigo de aquella formidable fortaleza, situada entre el continente y el mar sobre una escarpada roca, defendida por la naturaleza y por el arte, con muros flanqueados de bastiones y guarnecidos de gruesas baterías. Mustafá, noticioso de la expedicion que contra él se preparaba, se habia provisto de bastimentos para un año, y aguardaba confiadamente, sin que por eso dejara de avisar al rey de Fez y pedirle que le ayudara contra los cristianos.

Tan pronto como estos desembarcaron, presentáronse multitud de moros montaraces sobre las sierras y montañas por cuya falda tenia que pasar el ejército cristiano para acercarse á la fortaleza. Prosiguió este su marcha mirándolos con desdenosa serenidad, mas cuando se acercó al Peñon, parecióles á muchos oficiales que era intento temerario el de tomar una fortaleza de tan singular asiento y que parecia inexpugnable. Tal vez por creerlo así tambien el mismo Mustafá, habia salido con sus naves á correr la costa de Levante por no perder sus presas, dejando confiada la defensa del fuerte al renegado Ferret con doscientos turcos. Intimidáronse estos á la vista de las poderosas fuerzas cristianas, y el pánico se apoderó de ellos cuando vieron desmontados algunos de sus cañones y derribada una parte del fuerte por la artillería gruesa de las galeras españolas. El renegado Ferret huyó á tierra con la mayor parte de su gente, y con aviso de otro renegado albanés se acercó Juan Andrés Doria con doce soldados á la puerta del fuerte, que un alférez turco con tres moros les franquearon, pidiendo libertad para otros veintisiete que habian quedado (5 de setiembre, 1564). Entraron los aliados en el Peñon, donde hallaron veinticinco cañones con muchas municiones y vituallas, y don García de Toledo, dejada la competente guarnicion en el fuerte, y despedidas las flotas de Portugal y de Malta, dispuso el reembarque de las tropas, que fué trabajo y costó muy reñidas escaramuzas con el xerife de Fez que habia llegado con gran chusma de moros. Al fin se reembarcó la gente, y llegaron todos á Málaga, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones, y desde donde se dió al rey aviso de tan feliz suceso (1).

(1) Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. VI.—Bertot, Histoire des Cheva-

Nombrado don García de Toledo virey de Sicilia en premio de esta conquista, partió para su destino, dejando en Córcega á Juan Andrés Doria con algunas banderas, otras en Génova con Estéfano Doria y don Lorenzo Suarez de Figueroa, y pagó y licenció las tropas alemanas. La conquista del Peñon de la Gomera, tanto como llenó de alegría á las provincias meridionales de España, inquietó y alarmó á las berberiscas, las cuales recurrieron al sultan suplicándole emprendiera arrojar de él y de todas las posesiones de África á los españoles. Pero al propio tiempo le instaban sus súbditos á que tomara venganza de los caballeros de Malta, que en todas las empresas ayudaban á los españoles. Soliman, aunque cargado ya de años, no menos ambicioso que en su juventud, determinó vengarse á un tiempo de la orden de Malta y del rey de España. Indeciso algun tiempo sobre si dirigiria primero sus fuerzas á Malta ó á Sicilia, resolvió por último acometer primeramente aquel baluarte de los caballeros cristianos. Pero esta empresa, por las grandes proporciones que tomó, y no pertenecer ya á las posesiones españolas de África, merece ser referida separadamente.

#### CAPITULO IV

##### Malta

1565

Memorable sitio de Malta por la armada y ejército de Turquía.—Medidas de defensa del gran maestre de la orden La Valette.—Atacan los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la religion. Carácter imperturbable y heroico del gran maestre.—Hechos repetidos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: confictos: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran maestre el socorro prometido de España.—Contestaciones del virey de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II en este negocio.—Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otomano.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestre La Valette.—Temores de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte de Soliman II.

Para quedar desembarazados de las guerras que por este tiempo movieron á España los infieles, y con que distrajeron las fuerzas marítimas de este reino, vamos á dar cuenta del memorable sitio que contra todo el poder del imperio otomano sufrió la isla de Malta, que hizo inmortal el nombre del gran maestre de los caballeros de aquella orden Juan Parissot de La Valette, y del gran servicio que con su socorro hizo el rey Felipe II á toda la cristiandad.

No atendió el viejo Soliman II á las fuertes razones con que el anciano y experimentado Mahomet le aconsejaba que dirigiera sus fuerzas contra las posesiones españolas de Sicilia antes que contra Malta. En su deseo de vengarse de los caballeros de esta orden escuchó mejor á los aduladores bajáes que lisonjaban su pasion, y á las esclavas favoritas de su serrallo, resentidas de los caballeros porque acababan de apresar un galeon en que iba la nodriza de su hija Roxelana. Resuelto pues á arrojar aquellos caballeros religiosos de la isla de Malta, como en otro tiempo los habia arrojado de la de Rodas, mandó que con toda prontitud se armaran todas las galeras de su imperio: ordenó á sus vireyes de Argel y de Tripoli, Hassen y Dragut, que estuvieran dispuestos á unirse con sus corsarios á la armada turca; encomendó el mando de esta al almirante Pialy y el del ejército de tierra al veterano Mustafá-Bajá, y les encargó que obraran de concierto con Dragut, el mas experimentado y conocedor de aquellos mares. Cuando el gran maestre de Malta Juan Parissot de La Valette supo que todos aquellos formidables preparativos del turco iban dirigidos contra él y contra su religion, invocó el auxilio de los principes cristianos, y principalmente del pontifice y del rey de España.

liers de Malte.—Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras que adelante se expresarán en este año de 1564 por mandado de la Magestad del Rey de España don Felipe II nuestro señor, siendo capitán general de la mar el excelente señor don García de Toledo.—Archivo del excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, núm. 15 del leg. 6.º—Y en el tom. XIV de la Coleccion de documentos inéditos.

Además de los motivos de agradecimiento que Felipe II tenia á los caballeros de Malta por los grandes servicios que habian hecho siempre á España en todas las guerras y empresas contra los turcos, conocia sobradamente que Malta era la salvaguardia de sus Estados, y que perdida aquella isla peligraban mucho sus dominios de África y de Italia. Así pues, desde luego resolvió hacer los esfuerzos mas vigorosos por defenderla, é inmediatamente dió orden de aparejar una armada, y escribió á sus vireyes y aliados de Italia que viesen de tener prontos veinte mil hombres de desembarco para el primer aviso. Lleno con esto de confianza el gran maestre, dióse á activar los preparativos para la defensa de la isla: formó compañías de todos los habitantes capaces de llevar armas; llamó todos los caballeros ausentes; reclutó en Italia dos mil hombres, y antes que llegara el enemigo pasó revista á setecientos caballeros y ocho mil quinientos soldados, comprendidos los españoles que le envió el virey de Sicilia. Distribuyó convenientemente la tropa, cuidó del buen estado de las fortificaciones y almacenes, alentó á todos con enérgicas palabras, y esperó el venerable anciano con serenidad los acontecimientos.

No se hicieron estos esperar mucho. A mediados de mayo (1565) se presentó delante de Malta la armada turca, fuerte de doscientas naves y de cuarenta y cinco mil hombres, muchos de ellos genizaros, los soldados mas temibles del imperio. Desembarcaron y se derramaron en la campaña de la isla, sembrando la muerte, la desolacion y el incendio, á fin de infundir desde luego el espanto y la consternacion. Sin embargo el valeroso y hábil comendador Copier mostró bien no dejarse aterrar por la invasion, puesto que cayendo de improviso sobre los destacamentos turcos les mató mil quinientos hombres, perdiendo él solos ochenta. Pero estas pérdidas, aunque pequeñas, podian perjudicar mucho á la defensa general, y así llamó el gran maestre á Copier, y dió orden para que todos permaneciesen en sus respectivos puestos. Determinó el general turco atacar el fuerte de San Telmo con una batería de cañones de grueso calibre, reemplazando las trincheras que la posicion no permitia hacer con parapetos de tablas y vigas fuertes, sostenidas con tierra mezclada de paja y juncos. El gobernador de San Telmo despachó al caballero La Cerda á decir al gran maestre que el fuerte no podria resistir mas de una semana: *¿Pues qué pérdida habeis sufrido*, le preguntó La Valette, *para que tan pronto desesperéis?*—*El castillo*, respondió el mensajero, *debe mirarse como un enfermo extenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios y socorros continuos.*—*Pues yo seré el médico*, repuso el gran maestre, *y llevaré conmigo otros, que si no pueden curaros el miedo, á lo menos sabrán impedir que los infieles se apoderen del castillo.* Y ya estaba resuelto á ir él mismo con un cuerpo de su confianza, cuando en fuerza de las razones y de las instancias de los demás caballeros para que no saliese de la ciudad donde tan necesaria era su presencia, accedió á enviar al caballero Medrano, que gozaba gran reputacion de valeroso, hábil y prudente.

Cuando comenzaban los turcos á conocer por las bajas de sus filas que el gobierno de San Telmo habia entrado en manos mas enérgicas y vigorosas, bien que no sin ganar á su vez algunas ventajas, arribó á las aguas de Malta el terrible Dragut con trece galeras de Tripoli, llevando consigo otro famoso pirata llamado Uluch Ali, renegado calabrés, (junio, 1565). A los pocos dias llegó tambien el virey de Argel, Hassen-Bajá, con veintiocho galeras bien provistas y municionadas, en que iban tres mil turcos renegados y genizaros llamados *los bravos de Argel*. Con esto el sitio y combate del castillo se apretó de manera que no podian gozar un momento de reposo los cristianos, y una mañana al romper el dia, hallándose estos vencidos del cansancio y tomados del sueño, se vieron sorprendidos por los turcos que matando los centinelas habian asaltado el rebellin. Muchos fueron degollados en la primera arremetida, pero puesta en armas la guarnicion, sostuvo un recio, prolongado y reñidísimo combate desde el amanecer hasta el medio dia, en que los cristianos perdieron tres caballeros de la orden y cien soldados, los infieles cerca de tres mil; lo cual obligó á Mustafá á enviar tropas frescas y á reforzar los atrincheramientos, siendo cada vez mayor el aprieto de la escasa guarnicion.

De tal manera se veia esta apurada, aun con el refuerzo que le envió La Valette, que acordó despachar al mismo Medrano para que representase al gran maestre que era imposible sostener ya el fuerte sino por algunos dias, y eso tal vez á costa de perecer toda la guarnicion. La mayor parte de los caballeros de la orden opinaban y aconsejaban á La Valette que se abandonara la fortaleza, y se empleara aquella gente con mas provecho en defender los otros fuertes de la isla. Harto conocia el maestre la triste situacion de la plaza y la suerte infeliz que aguardaba á sus defensores. Pero penetrado tambien de que la conservacion de Malta y de la orden dependia de la duracion del sitio, guiado del principio de que en extremos casos por la salud de todo cuerpo hay que hacer el sacrificio de dejar amputar un miembro, resuelto á emplear este remedio, *Decid á los caballeros*, le contestó á Medrano, *que se acuerden de los votos que han hecho, de sacrificar su vida en defensa de la religion, que yo les enviaré socorros, y que irá yo mismo á morir con ellos antes que entregar el castillo á los infieles.* Con esta respuesta algunos juraron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que rendirle, pero los mas volvieron á exponerle que si á la noche siguiente no les enviaba barcos para salir del castillo, tentarian ellos á salir espada en mano, resueltos á morir todos á trueque de no sufrir otra muerte mas ignominiosa si eran tomados por asalto.

*Para morir con honra*, contestó el venerable y heroico maestre, *no basta hacerlo con las armas en la mano; es menester además el mérito de la obediencia: si abandonais el fuerte, no hay que esperar socorros del virey, y tras la ignominia de abandonar vuestro puesto os vereis reducidos á mas desesperada situacion que la que quereis evitar.*

Y con pretexto de examinar el estado del fuerte, pero con el verdadero fin de ir entreteniendo la guarnicion, envió tres comisionados para que le informasen. Hicieronlo dos de ellos en sentido de que era imposible sostener por mas tiempo el sitio. Mas el tercero, el príncipe griego Constantino Castrioto, opinó que aun no era la situacion tan desesperada, y en prueba de ello se ofreció á encerrarse en el castillo con las tropas que quisieran seguirle. Tan digna resolucion no dejó de encontrar imitadores, y animado con esto La Valette escribió á los del castillo que ya tenia nuevas tropas que le defendieran, y que ellos saldrian en los mismos barcos que las llevaran. *Volved aquí, hermanos míos*, les decia, *y vos estareis mas seguros y yo mas tranquilo.* Estas palabras entre dulces y amargas, hirieron en lo mas vivo el pundonor de aquellos caballeros, y suplicaron al gobernador Medrano intercediera con su superior para que les permitiese borrar con nueva conducta su pasada falta. Recibió La Valette esta súplica por medio de un nadador correo; rogóse en el fondo de su alma, pero fingiendo una firmeza que á él mismo le enternecia, respondió: *Prefero un cuerpo de tropas nuevas á veteranos que no se someten á la disciplina militar.* Acabó esta contestacion de comprometer la delicadeza de aquellos caballeros religiosos, y todos juraron morir en su puesto. Era lo que se habia propuesto conseguir el político y valeroso La Valette.

El sitio y los combates prosiguieron con una furia y una heroicidad increíbles, sin que á nadie arredrara la muerte de los compañeros que á todas horas veia caer delante ó al lado. Abochornado ya Mustafá de tanta resistencia, hizo jugar la artillería toda, y cuando tuvo arrasadas las murallas hasta su cimientó de roca viva, dispuso un asalto general (16 de julio), debiendo acercarse al propio tiempo Pialy con la armada á la fortaleza. Seis horas duró el ataque sin poder ganar los turcos un palmo de terreno, y Mustafá mandó tocar á retirada. Ordenó luego extender la línea para ver de incomunicar á los sitiados, y batir al propio tiempo los castillos de San Miguel y Santángel. En esta operacion recibió una herida el famoso Dragut por cuyo consejo se hizo, de la cual sucumbió á los pocos dias el antiguo jefe de piratas y terror de los cristianos. No uno, sino cuatro asaltos volvió á dar Mustafá con su gente en un solo dia (21 de julio), y todos fueron rechazados por los malteses con una firmeza que raya en lo inverosímil ó inaudito. Avisado el gran maestre por otro nadador de la situacion

extrema de los de San Telmo, despachó en su socorro muchas barcas con los que se ofrecieron voluntarios á arrostrar una muerte cierta. El auxilio fué infructuoso, porque no pudieron forzar la línea de las naves enemigas. Viéndose infaliblemente perdidos los sitiados, preparáronse á morir cristianamente, recibieron los sacramentos, se abrazaron todos con ternura, y hasta los enfermos se hicieron conducir en andas á las brechas.

Imposible era ya resistir á otro asalto que dieron los turcos la mañana del 23 (julio); y sin embargo aun peleó aquel puñado de valientes más de cuatro horas. Todos murieron heroicamente, excepto tres que se salvaron á nado. Las banderas otomanas se plantaron sobre escombros y sobre cadáveres. Cuando Mustafá reconoció el fuerte exclamó: «¿Qué no hará el padre, cuando el hijo que es tan pequeño nos ha costado nuestros mas bravos soldados?» Esta admiración debió haberle inspirado siquiera algun respeto á los inanimados cuerpos de tan valientes enemigos, y no saciar, como lo hizo, su brutal venganza arrancándoles los corazones y poniéndolos en cruz como en escarnio del símbolo de su fe. Indignado á la vista de tan bárbaro espectáculo el gran maestre, hizo degollar todos los prisioneros turcos, y cargando los cañones con sus cabezas como si fuese metralla, las hizo arrojar al campo enemigo: *Que aprenda el bajá, decía, á hacer la guerra con menos ferocidad.* La defensa del castillo de San Telmo de Malta es una de aquellas en que ha llegado al mas alto punto el heroísmo. Sesenta mil balas de cañon habian arrojado los turcos contra el fuerte.

Con esto y con cañonear despues simultáneamente el Burgo y el castillo de San Miguel, creyó Mustafá acabar de intimidar al jefe de aquella caballería religiosa, y le envió un mensajero intimándole se rindiese: *Ved, le dijo el imperturbable anciano La Valette al mahometano enseñándole el foso, ved el único espacio que pensamos ceder á vuestro general para sepultura suya y de sus genizaros.* Irritado el musulman con tan altiva respuesta, redobló con furia el fuego y los ataques. Mustafá con sus genizaros, y Hassen con sus *bravos de Argel*, no dejaron medio, ni esfuerzo, ni artificio que no emplearan para batar las fortalezas y reducir tan obstinada gente. Pero todo lo frustraba La Valette con su vigilancia, con su valor y con su prudencia. Combate hubo en que de cuatro mil infieles que acometieron por un lado, solo quedaron con vida quinientos, y estos heridos los mas, sirviendo los otros para cubrir el puerto de armas rotas y de cuerpos despéazados. Rebosando ya de rabia el bajá, y temeroso de que llegaran los auxilios de España, que nunca creyó hubieran tardado tanto, resolvió emplear todas las fuerzas simultáneamente, las de mar al mando de Pialy contra la ciudad, las suyas y las del virey argelino contra el fuerte de San Miguel. El turco y el africano dirigieron los ataques á la fortaleza con personal arrojo, pero siempre sus guerreros fueron rechazados por los soldados de la religiosa caballería cristiana, saliendo denodadamente á las trincheras con espada en mano.

Algo mas feliz el almirante Pialy, habia logrado desmantelar las obras exteriores de la ciudad, que defendia en persona el gran maestre de los cruzados, y abrir muy anchas brechas en los muros. En tal conflicto celebró consejo de la órden para deliberar lo que habria de hacerse. Los mas opinaron que deberian trasladarse todos al castillo de Santángel, y conducir allí las reliquias de los santos. Desaprobado por La Valette este dictámen como inconveniente, propusieronle otros que por lo menos retirara del peligro su persona, protestando que ellos sabrian defender la ciudad hasta morir. *No, hermanos míos, les respondió el respetable é impertérrito anciano; aquí debemos vencer ó morir todos. ¿Podria yo á la edad de setenta y un años acabar mi vida mas gloriosamente que con mis hermanos y amigos en defensa de nuestra santa religion?* Y comenzó á dar las mas activas y oportunas providencias, y aquella misma noche se levantaron parapetos y trincheras, y hasta fué atacada la guardia avanzada enemiga, que huyó con precipitación creyendo que cargaba sobre ella toda la fuerza reunida de los cristianos.

Suponemos ya al lector impaciente por ver llegar el auxilio de España, como lo estarian los desgraciados malteses, y de-

seoso de saber si llegó y las causas que pudieron retrasarle tanto.

El rey don Felipe habia encargado á don García de Toledo, el conquistador del Peñon, nombrado virey de Sicilia en reemplazo del duque de Medinaceli, el de la desgraciada expedición á los Gelbes, que espiera la armada turca, y tuviera las galeras preparadas en Mesina, y escribió á sus aliados y feudatarios de Italia que levantaran tropas.

El gran maestre de Malta pedia al virey de Sicilia los prometidos socorros de España, y don García de Toledo se contentaba con enviarle cuatro galeras con cuatrocientos soldados y algunos caballeros de la religion y otros castellanos conducidos por don Juan de Cardona y el maestre de campo Robles. Cuando llegó Cardona á Malta, ya se habia perdido el castillo de San Telmo. A las nuevas instancias que La Valette hacia á don García de Toledo para que le socorriese, respondia el virey que esperaba la incorporacion de diez mil italianos y completar las noventa galeras que el rey le habia prometido, con mandamiento de no aventurarlas. El genovés Juan Andrea Doria, el italiano Pompeyo Colona y otros caudillos de la armada, pedian los dejara ir con algunas galeras y compañías en socorro de los malteses aventurando sus personas, pero á todo oponia el virey obstáculos y entorpecimientos. Y el auxilio se diferia, mientras los turcos estrechaban de cada día mas á los esforzados caballeros de la órden. Arrostrando no pocos peligros logró La Valette despachar otro correo al virey de Sicilia avisándole la situacion angustiosa en que se hallaba; y la respuesta del virey fué que estuviera cierto de que le socorreria conforme el rey le tenia mandado, en cuanto llegaran los de Toscana, y que no le maravillara tanta dilacion teniendo él que obrar por las órdenes que de España recibiese (1).

¿Podrá creerse, en vista del comportamiento del monarca español y de su virey en Sicilia, que Felipe difiriera calculadamente el socorro, como opinan algunos historiadores (2), no queriendo arriesgar su armada hasta poder atacar con ventaja segura la de los turcos, cuando viera á estos debilitados de resultas del sitio? Y en este caso, si como politico obró con prudencia y como convenia al provecho propio, ¿correspondia á la generosidad con que los caballeros de Malta se habian sacrificado siempre en las empresas de los monarcas españoles y á lo que demandaba la causa de la cristiandad, expuesta á perder su mas fuerte y precioso baluarte, pendiente solo acaso de la vida del gran maestre, que de milagro parecia se salvaba de tantos y tan diarios peligros? No es tanto de sentir el cargo que sobre esto puedan hacerle escritores extranjeros que no le son adictos, como el que se trasluce y desprende del relato de historiadores españoles que le eran aficionados.

Nunca, sin embargo, habia desconfiado el gran maestre de que dejara de socorrerle, mas ó menos tarde ó temprano, la armada española. De aquí, haber cifrado su salvacion en prolongar todo lo posible la defensa de la isla. Al fin divisaron los sitiados con júbilo las naves de España conducidas por el famoso defensor del castillo de los Gelbes don Álvaro de Sande, Ascanio de la Corgne, Vicencio Vitelli y otros buenos capitanes de mar, con seis mil soldados españoles, tres mil italianos y mil y quinientos aventureros de ambas naciones (5 de setiembre, 1565). Volvióse don García á Sicilia para embarcar la demás gente que allá quedaba, pero no fué menester. Engañado Mustafá sobre el número de las galeras, y creyendo tener sobre sí toda la fuerza marítima de España, levantó precipitada y aturdidamente el sitio, retirando la guarnición de San Telmo, y abandonando la artillería gruesa. Dos veces cayó su caballo, como si partiepara de la consternacion de su dueño. Atropellábanse con el miedo los turcos, y caian muchos al mar ó se dejaban acuchillar por los españoles, y hubieran perecido muchos mas si Pialy no hubiera tenido tan prontas las galeras para recibirlos. Antes de alejarse

(1) Sobre las repetidas reclamaciones del gran maestre La Valette, las contestaciones dilatorias del virey de Sicilia y la conducta del rey don Felipe en este negocio, pueden verse los capítulos 21, 24, 25 y 27 del libro VI de la Historia de Felipe II, por don Luis de Cabrera.

(2) Véase Watson, Historia del reinado de Felipe II, lib. VI.

los turcos vieron tremolar las banderas de la órden de Malta sobre el castillo de San Telmo, donde poco antes habian ondeado los estandartes de Soliman. Cuando Mustafá supo que no pasaban de seis mil los soldados españoles que le habian atacado, mesábase las barbas de pensar en su afrenta, y juraba que no tardaria en volver con mayor poder á acabar de destruir á Malta.

Tal fué el feliz remate que tuvo para la cristiandad el famoso y memorable sitio de la isla de Malta, que hizo célebre en el mundo y eternizó en la historia el nombre del gran maestre Juan Parisot de La Valette. De los cuarenta y cinco mil mahometanos que vinieron á combatir una estéril roca solo volvieron catorce mil, estropeados y llenos de ignominia. El terrible Dragut encontró allí su sepultura, y los nombres de Pialy, de Mustafá y de Hassen, que se pronunciaban ó con respeto ó con espanto en Europa y en Africa, perdieron su prestigio en las áridas riberas de una isla. Todas las naciones de la cristiandad celebraron este suceso con regocijo, y el rey de España, el mas interesado en el triunfo, envió un mensaje expreso á La Valette para felicitarle por su triunfo, y le regaló una espada y un alfanje con puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su admiracion y de su aprecio, obligándose además á pagarle cierta cantidad anual para ayuda de reparar las fortificaciones destruidas (1).

Sentido el turco Soliman de esta desgracia, y como supiese las disposiciones de defensa y resistencia que tomaban el gran maestre, el rey don Felipe, el virey de Sicilia, el de Nápoles y todos los príncipes de Italia, él tambien quiso hacer otro grande esfuerzo; y se propuso juntar hasta quinientas velas mayores y menores con ochenta mil combatientes, para lo cual puso en contribucion todos sus señoríos y ciudades de Asia, Africa y Europa. Pero sucesos posteriores hicieron que todo aquel formidable aparato fuera á descargar á Hungría, donde acabó su larga vida el anciano Soliman II, terrible y poderoso enemigo de la cristiandad, mientras sus tropas asolaban aquel reino, quedando entre tanto acá Felipe II desembarazado y libre para atender á otros cuidados, que no eran pocos ni pequeños.

## CAPÍTULO V

Rentas del Estado.—Córtes.—Los hugonotes.—Concilio de Trento

DE 1560 Á 1566

Situacion económica del reino.—El dinero que venia cada año de Indias. Déficit en las rentas.—Gastos de la casa real.—Remedios que proponia el Consejo de Hacienda.—Venta de vasallos.—Pronunciada opinion del reino contra la amortizacion eclesiástica.—Lo que sobre ello se proponia en todas las córtes.—Lo que respondia el rey.—Errores económicos: leyes suntuarias: pragmática de los trajes.—Córtes de Aragon.—Peticion contra los inquisidores.—Felipe II y los protestantes de Francia.—Lastimosa situacion de aquel reino.—Guerras civiles y religiosas.—Los hugonotes.—La reina Catalina: los Guisais: los Borbones: Condé.—El tumulto de Amboise.—Matanzas horribles.—Auxilios de Felipe de España á los católicos.—El edicto de Amboise.—Entrevista de las reinas de Francia y España en Bayona.—Nueva convocacion del concilio de Trento.—Parte principal que en él tuvo Felipe II.—Graves disputas entre Felipe y el papa Pio IV.—Firmeza de carácter de los embajadores y obispos españoles.—Número de prelados que asistieron al concilio.—Decretos sobre dogma, disciplina y reforma.—Terminacion del concilio.—Cómo fué recibido en cada nacion.—Cédula de Felipe II mandándole guardar y observar.—Lo que se debió á los reyes de España relativamente al concilio.—Eminentes prelados, teólogos y varones españoles que á él asistieron.

Hablando en el capítulo II acerca de la situacion económica del reino, de las necesidades y apuros del monarca, del déficit de las rentas y de los arbitrios extraordinarios, decíamos que todo esto se experimentaba al tiempo que continuaban viniendo las flotas de Indias cargadas de dinero. De las que

(1) Baudouin, Historia de Malta.—Vertot, Hist. del órden de Malta.—Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. VI.

Entre las obras que hizo el gran maestre despues que se vió libre de los enemigos, fué una ciudad y puerto en la costa septentrional de la isla, que aun conserva el nombre de La Valette, su glorioso fundador.

habian llegado en el período que aquel capítulo comprendia, dimos allí razon. Siguiendo la historia económica de este reinado, podemos añadir ahora que la remesa que en 1560 trajeron las naves que venian del Nuevo Mundo ascendió muy próximamente á la suma de ciento cuarenta y cuatro millones de maravedis (2).

Mas para decirlo de una vez, y no entretenernos á cada paso, ni molestar á nuestros lectores con noticias de lo que producian á la nacion, ó mejor dicho, al monarca, las posesiones españolas del Nuevo Mundo en este reinado, podemos afirmar por los datos oficiales que nos dejó el contador mayor del Consejo de Indias, que percibia S. M. anualmente de aquellas colonias mas de cuatrocientos cincuenta cuentos de maravedis, ó sea un millon doscientos tres mil doscientos treinta y tres ducados, de á trescientos setenta y cinco maravedis el ducado (3). Suma cuantiosa, atendido el valor monetario y los precios de las cosas en aquel tiempo.

Aun así continuaban no alcanzando las rentas ordinarias y extraordinarias á cubrir los gastos del Estado y de la real casa. Por las relaciones y cuentas que tenemos á la vista se ve que á pesar de las remesas de Indias y de los impuestos y arbitrios extraordinarios, resultaba cada año un déficit considerable entre los gastos y los ingresos. En vez de procurar el rey, si era tan prudente, la conveniente nivelacion por medio de una justa y bien entendida economía, comenzando por moderar los gastos de su casa, ibase acrecentando cada año la despesa, que entonces se decia, ordinaria y extraordinaria de S. M. La consignacion para los gastos de la reina, que en 1560 era de sesenta mil ducados, la hallamos en 1562 aumentada á ochenta mil; la del príncipe habia subido de treinta y dos á cincuenta mil, y al mismo respecto la de don Juan de Austria. De modo que con lo que se asignaba al rey y á la princesa montaba la despesa de la casa real en 1562 la suma de cuatrocientos quince mil ducados, ó sea mas de ciento

(2) Relacion del dinero que ha venido para S. M. de Indias en la flota del cargo de Pedro de las Roelas, y en otras naos que despues han llegado de Sevilla hasta los 4 de julio presente, conforme á lo que han scripto los oficiales y relaciones que han enviado. Y esta es fecha en Toledo á 10 del dicho mes de julio, 1560.

	Mrs.
En las primeras naos vinieron para S. M. . . . .	81.373,000
En otras vinieron. . . . .	21.154,840
En otras. . . . .	34.327,960

Nota.—Demás desto han venido en esta nao ciertas piedras, esmeraldas, perlas y aljófar, que por no estar tasadas, no van cargadas aquí.

En otra nao de Honduras. . . . .	4.400,000
En otra. . . . .	2.409,400
En otra llegada de San Juan de Puerto Rico. . . . .	156,100
Monta todo lo venido. . . . .	143.902,300

Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 139.

(3) «Montan lo que pueden rentar, y al presente rentan á S. M. todas las Indias en un año de las rentas que al presente tiene en ellas, que son: quintos del oro y plata que se funde, y tributos de los pueblos que están en su real corona, y derechos de almojarifazgo que se cobran en los puertos, y derechos de fundidor y marcador mayor, y penas que se aplican á su real cámara, 1,002,694 pesos, 5 tomines y 11 granos, que contados á 450 mrs. cada peso, valen 451.212,031 mrs., que montan, reducidos á ducados de 375 mrs. cada uno, 1.203,233 ducados, y 256 mrs. La cual cuenta, como aquí se contiene, saqué yo el dicho Antonio de Villegas por mandado de los señores del Consejo de Indias en Toledo á 11 dias del mes de junio de 1560 años, y va escrita en nueve pliegos de papel horadados. con este en que va esta resolucion, que todos van señalados de mi señal. Esto es sin reducir á dinero los marcos de perlas ni la cera que van puestos en esta cuenta.—Antonio de Villegas.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 139.

Las provincias de Indias en que S. M. tenia hacienda, eran las siguientes: Nueva España.—Nueva Galicia.—Yucatan y Cozumel.—Guatemala.—Honduras.—Nicaragua.—Tierra Firme, llamada Castilla del Oro.—Cartagena.—Santa Marta y Nuevo Reino de Granada.—Popayan.—Rio de la Plata.—San Francisco y Sancti Spiritus del Brasil.—Venezuela.—Pesquería de las Perlas.—Provincia del Perú lo que toca á la Nueva Castilla.—Nuevo reino de Toledo en el Perú.—Chile.—Isla Española.—Isla de Cuba.—Isla de San Juan de Puerto Rico.—Isla de la Margarita. Archivo de Simancas, ibid.